

## DE BARRO Y DE ESPERANZA

Yo callaba. Sentado en un rincón, fumaba en silencio. El diablo volvió a guardar en la maleta los discos correspondientes a Hitler y a Proust.

—¿A quién prefieres escuchar ahora?— preguntó mi amigo.—A García Lorca o a Greta Garbo?

—Sea García Lorca.

—¿Le conociste?

—Jamás.

—Tampoco yo, en realidad. Cuando me entrevisté con él, en Madrid, en Junio de 1936, me habló de toros y de política. En el fondo de su espíritu pensaba en algo muy distinto.

Hablaba Lorca con marcado acento andaluz y era su voz más cálida y apasionada que la del mismo Hitler.

—Cualquier clase de trabajo, incluidas la poesía y la música, es bajo y denigrante—decía Federico.—Toda actividad desde el arte a la política es una aberración que nos aparta de la gran pureza. Yo he soñado durante mi niñez y primera juventud en una poesía sin palabras ni ritmos ni rimas, una poesía que fuese la auténtica expresión de mi personalidad. He anhelado tumbarme al sol, escuchar la voz de los grillos, mirar las nubes blancas y la hierba verde, oír a lo lejos el canto de los torrentes y aspirar la fragancia de la tierra húmeda del amanecer. He anhelado pasar la vida en este estado de suprema beatitud y perfecta poesía sin caer jamás en la baja servidumbre del trabajo o en el vil oficio de escritor. Pero el hombre nace esclavo, encadenado a la sociedad, a la familia, a la gran mentira que se llama instrucción. Yo quería ser un niño como el de «Los cuentos de la selva», pero desgraciadamente mis padres eran seres humanos y no lobos y un día mi padre me condenó para siempre preguntándome cuáles eran mis propósitos en la vida. No podía hablarle de mis verdaderas ilusiones, decirle que yo anhelaba ser una mariposa, o estudiar para pájaro, o ser una nube y una rosa a la vez, confesarle que tenía vocación de doctor en lirios neurasténicos y de esmaltador de estrellas. Afirmé que quería ser poeta y músico, por decir algo, y mi padre me aseguró que estudiaría armonía y Filosofía y Letras. Comprendí entonces que acababa de firmar mi sentencia de muerte y que nunca sería músico ni poeta. Desde entonces mi vida ha sido una constante claudicación. Sin proponérmelo me licencié en Filosofía y Derecho. Mis amigos me obligaron a publicar. Margarita Xirgu hizo de mí un dramaturgo. ¡Horrible maldición! Era escritor. Tenía un oficio. De haber vivido en la Edad Media me hubiesen encuadrado en un gremio. Mis versos eran sólo un reflejo ridículo de la auténtica poesía que en la infancia había presentado. De volver a empezar escogería la condición social de gitano trashumante y analfabeto. Robaría frutos en los cercados y por la noche hablaría con la luna y la estrella polar. Sería un auténtico poeta... Pero ¡ay! ya es demasiado tarde, demasiado tarde...

CARLOS ROJAS VILA

(De la novela de igual título finalista del Premio Nadal)

## IN MEMORIAM F. G. L.

*L'ombra dels torcs detinguda  
i erta de sobte al pinar.  
Elisca la bovina força  
de rius llimoners i obacs,  
i el curs que flueix lentíssim  
espès de somni i de sang.*

*sense tu cap a l'aurora,  
colom vençut al tancat.  
Cada flotant matinada  
retorna el crit del teu cant.  
¿Revéns per polsada corda,  
ull, restre, afalac amarg?*

Capellades, agost, 1956.

JOSEP ROMEU

## DE MIS MEMORIAS

## DE LA INFANCIA DE GARCÍA LORCA

Cuando don Vicente Domínguez arrendó LAS BALBUENAS a un granadino, tío de Federico, continuó mi padre regentando el cortijo de Vicenito, como el autor de mis días llamaba al acaudalado propietario, por haberlo visto en pañales.

LAS BALBUENAS se llamaba y seguirá llamándose una de las más grandes y mejores cortijadas ecijanas, cuyas fecundísimas tierras, por un lado, besaban el término municipal de Palma del Río y, por el otro extremo, lamían las paredes de un pueblecito denominado Fuente Carretero, desde donde bajaban sus terrenos, alargándose hasta la mismísima orilla del Genil, junto al que se levantaba la opulentísima cortijada, y entre ésta y el río, una frondosa espesura de muy variada arboleda frutal circundaba a otro más pequeño pero más rico y bonito edificio, llamado *El Señorío*, porque lujosamente amueblado, estaba vedado para toda otra persona que no fueran los dueños o, en su ausencia, mi padre.

En *El Señorío* de LAS BALBUENAS, pequeño palacio independiente del vasto caserío, visitaba a mi padre el granadino arrendatario, quien ofreció traerme un amiguilo, sobrino suyo, pequeño como yo, pero que también, como yo, hacía coplas, según el decir de su tío.

Con el bochorno del verano, llegó el esperado sobrinito del granadino, que me pareció más tonto que un esparadrápico en la frente, porque no tenía picardía ni para engañar a un melocotón... Hasta los zagalillos del cortijo se burlaban del señorín Federico, de quienes me ví obligado a defenderlo en sus mayores apuros, porque, algunas veces, lo trillaban con el rulo de sus zapatones, como a una gavilla de avena. El aguijón de su ingenio tampoco se me antojaba tan afilado como su tío me exageraba: ¡Tanto me lo había ponderado que—¡superlativa equivocación!—encontraba apagado su aliciente!...

Ni su iniciativa rayaba a ninguna distancia ni, como poeta, se levantaba dos palmos. Para mí representaba lo que una absoluta calamidad con todas sus consecuencias: ¡Una birria vestida de ilusiones!...

Pero se aproximaba el estrellamiento de mis conceptos, como se estrellaron sobre el suelo los huevos que a una golondrina se le cayeron del nido.

Una poesía de Vital Aza, tan graciosa como todas las del poeta de Pola de Lena, me congració con el chiquillo.

Como por aquel entonces hacían furor en el teatro las obras «EL SOLDADO DE SAN MARCIAL» y «LA PASIONARIA» de Leopoldo Cano, «EL GRAN GALEOTO» de Echegaray, «EL SOMBRERO DE TRES PICOS», no recuerdo si de Vital Aza o de Pedro Antonio de Alarcón, y otras por el mismo estilo, mi afición apuntaba al teatro de tal manera que me propuse escenificar, alargándola hasta la exageración con mi propia cosecha, la mencionada poesía del referido asturiano que aludía a las impertinencias de un gorrón. Atareado con este menester, solicité la colaboración de Federico, más que por la ayuda que pudiera prestarme, por sondear su verdadera capacidad, resultándome de tan provechosa utilidad que en pocas semanas, redondeamos los tres tiempos (actos) de «EL GORRÓN», para cuyo estreno, que tuvo lugar en un corralón de Fuente Carretero, requerimos la presencia de unos amigos de Ecija, que el propio D. Vicente nos trajo en su coche.

La gente de Fuente Carretero nos recibieron de punta, porque no esperaban ninguna eficacia de lo urdido por unos chiquillos tan tiernos como nosotros, pero la popularidad de Vital Aza despertó la curiosidad en el pueblo que abarrotó el corralón, habilitado para el caso a expensa del señor Domínguez, quien, en honor a la verdad, recogió el doble de lo por él gastado, porque, en vista del resultado, se repitió la función otras dos noches más.

Así se unieron, en aquella ocasión, al célebre nombre del fenecido Vital Aza, los de dos chiquillos llamados Federico García Lorca y

MANUEL OSTOS GABELLA

Artículo de Manuel Ostos Gabella, «De mis memorias. De la infancia de García Lorca», publicado en «Mijares», el suplemento literario del *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, en noviembre de